

La bahía normanda

La fina lluvia calaba sin piedad su cuerpo y eso que se había pertrechado con un chambergo que había encontrado en casa. Seguramente habría pertenecido al antiguo propietario de la casita. Llevaba más de un kilómetro caminando por las rocas en dirección al embarcadero, su casa se situaba en lo alto del acantilado desafiando al fuerte viento del Canal. Había leído el breve anuncio en el periódico local de Rennes: "casa al borde del mar en Normandía, para solitarios". El hombre de la agencia se la enseñó el sábado último de agosto y él le pagó los 25.000 francos el domingo. El lunes Bernard se instaló en la casa, antes adquirió comida, ropa y utensilios en el Intermarchè de una cercana y pequeña ciudad.

Bernard vio el bote al comienzo del pequeño embarcadero, lo distinguió porque el encargado de la agencia se la había descrito cuando cerró el trato de la casa. Además el nombre de *La Renarde* se adivinaba entre la descascarillada pintura blanca del casco. Tenía remos y un pequeño motor fuera borda. Antes de introducir su pie en el interior achicó con un pequeño caldero el agua de lluvia que había caído en la barca. "Buena para cocer garbanzos", pensó. Unos metros más adelante un viejo marinero era ayudado por una niña con los aparejos de pesca. Llevaba un impermeable amarillo, como los operarios del Ministerio de Obras Públicas. La niña miró a Bernard con curiosidad, sin duda no lo conocía. El viejo tampoco y siguió cargando las cañas y los cebos en el bote.

Cuando finalizó de achicar el agua, realizó el primer intento de arrancar el motor. No arrancó. "La lluvia lo ha estropeado" se dijo. Lo intentó de nuevo, nada. A la tercera el ruido fue de ahogo. Se dio por vencido, más tarde preguntaría por algún taller local y llevaría el motor para que se lo reparasen. La niña siguió atentamente la escena y susurró algo al oído del viejo.

El anciano se acercó mientras la lluvia no cesaba de caer.

-¿Tiene problemas con el motor? -le preguntó ofreciéndole un *gitanes*.

-Parece ser que se ha mojado y no se pone en marcha- contestó aceptando el pitillo- me llamo Bernard y soy el nuevo propietario de la casa del acantilado.

-Ya me lo imaginaba. Yo soy el viejo Jean-Marie y está es mi

nieta Juliette- le ofreció la mano.

La mano era dura y rugosa, como su cara, sin embargo la de Bernard no podía disimular su origen de ciudad. "Algún chupatintas de la Seguridad Social" pensó el viejo.

-Nosotros también vamos a pescar- dijo la pequeña sin soltarse para nada de la pierna de su abuelo.

-No, yo no pesco, simplemente quería contemplar la costa y en concreto mi casita desde el mar -aclaró el hombre.

El viejo le indicó donde estaba situado el taller de Jacques, allí le echarían un vistazo al motor. Regresaron a su bote para adentrarse ya en el mar para pescar. Bernard tomó los remos y torpemente también zarpó hasta un poco más allá del borde de la bahía.

Pidió un cerveza a presión en la barra de la taberna. El local estaba lleno de parroquianos y de humo. La insistente lluvia seguía golpeando los cristales y las pequeñas mesas y sillas de la terraza. Para ser los últimos días del verano esta lluvia era demasiado, pensaban todos los habitantes de Saint Jules-sur-Mer. Bernard también lo creía. Aunque ya se había informado que la costa normanda atraía especialmente al viento y la lluvia. Estaba mentalizado para ello. Los naipes eran los dueños del local. Ocupaban la totalidad de las mesas, los hombres discutían a gritos la jugada mientras el que daba otra mano repartía la suerte de nuevo. El viejo sin embargo miraba el televisor, seguía atentamente un partido en diferido de rugby entre Australia y Nueva Zelanda. Bernard se le acercó y tras saludarle le preguntó por el resultado.

-Van empate a quince - le contestó- es un partido que juegan todos los años estas dos selecciones, allá está finalizando el invierno. Aunque Australia juega en Melbourne creo que ganarán los All Blacks.

Charlaron un buen rato de rugby, los dos eran grandes aficionados. El viejo Jean -Marie jugó de *arriere* en Rennes y alguna vez había disputado encuentros contra ingleses y galeses "esos si que jugaban". Bernard por su parte en sus primeros años como corresponsal deportivo de *Sudoest* cubrió los partidos del Biarritz Olympique. Al final una cabalgada del *trescuartos* maorí Lomu acabó en un ensayo que dio la victoria a los neozelandeses.

Esa noche, ya en la casita con el mar rugiendo rítmicamente escribió el mensaje.

Las olas bamboleaban suavemente la barca, Bernard se acomodó en el banco fijo y acarició la botella verde y vacía. Era de vino, tinto de Borgoña. Anoche en la cena había dado cuenta de ella junto con unos buñuelos de Cammembert y una tortilla a las finas hierbas. Había deslavado la botella e introducido el mensaje.

Cuando arrancó el motor que Jacques había arreglado, más bien secado, por la mañana, todavía llovía. Sin embargo el viento del Canal poco a poco iba arrastrando las nubes y dejaba intuir un atardecer apacible. Por eso se arriesgó y se alejó más de lo previsto de la costa. Puso el corcho en la botella y la lanzó lo más lejos que pudo en dirección hacia Inglaterra. Se quedó unos segundos escuchando el mar, éste le respondió con los graznidos de las gaviotas que se arremolinaban junto algún barco en el muelle.

Eligió lanzar el mensaje en la costa normanda porque así el Canal llevaría la botella hacia la corriente polar y ésta a su vez la depositaría plácidamente en la Boca do Inferno, cerca de Lisboa. La luna apareció de repente o él la descubrió de golpe, se dijo que ya era un poco tarde. Puso el bote a unos ocho nudos, eso calculó más o menos y enfiló la proa en dirección al pueblo. Las luces municipales le indicaron que el anochecer estaba ahí.

El viejo pescaba en el embarcadero, había colocado cinco cañas unas detrás de otra. Estaba atento por si algún pez incauto mordía el anzuelo. Bernard le ofreció un cigarro y fumaron contemplando como la Vía Láctea transportaba el polvo a Finisterre. No le comentó nada a Jean-Marie sobre su experimento de naufrago. Llegó Juliette, recogieron el material, peces no había ninguno y se los llevó agarrados de la mano. Se despidieron hasta mañana.

Bernard caminó con unas espadañas y unos berros que había cogido de la orilla del río. Pasó enfrente de la cantina, pero no se paró. Escuchó el sonido de un violín, "el artista local dando el recital de los miércoles".

Llevaba un mes contemplando el Canal desde su casa del acantilado. A partir de hoy prestaría mayor atención a su buzón, esperaba la respuesta de su mensaje en la botella de Borgoña. Escribía todos los días una columna sobre la actualidad internacional en su ordenador, lo enviaba por correo electrónico a su agencia. Tenía un cierto nombre en

los medios periodísticos de la capital, en St. Jules se pensaban que era un escritor de novelas policiacas. Hoy había dedicado su columna a la revuelta de un nuevo grupo guerrillero en el sur de México.

Todos los días tomaba café en la cantina y hablaba con los lugareños de lo que se terciara, sobre todo charlaba con el viejo. El mar y el rugby ocupaban la mayoría del tiempo. Luego recogían a Juliette en la escuela y la acompañaban hasta la granja de sus padres en las afueras del pueblo. Criaban muchas ocas y patos. El otoño era ya una realidad, el viento se hacía cada vez más molesto. Una noche incluso le llegó a despertar de todo el ruido que metía.

Un día llevó al viejo y a Juliette a la ciudad. La niña se sorprendió con las escaleras mecánicas de los grandes almacenes. Le regaló un muñeco de trapo a la niña y al viejo una navaja multiusos, de las suizas. Luego vieron "*Babe el cerdito valiente*" en el cine, el viejo se rió más que entre los dos juntos. Un helado de bola culminó la divertida jornada.

Aquel día el cartero no había podido llegar en su furgoneta de *La Poste*, la nevada era tan impresionante que habrá tenido que quedarse en su oficina, pegado a la estufa. El acantilado estaba blanco, las gaviotas se confundían con la nieve y sólo sus patas amarillentas eran perceptibles a lo lejos. "Igual llegaba hoy la respuesta al mensaje y está en la oficina de Correos" pensó. Sin embargo no le apetecía salir, se quedó en casa escribiendo la enésima columna sobre el conflicto palestino-israelí. Echó otro leño de haya a la chimenea y cuando estaba adormilado después de comer recibió la visita del viejo y Juliette. Hoy no había escuela, los niños se habían pasado toda la mañana revolcados en la nieve, deslizándose por las laderas con sus trineos. Los más mayores la habían emprendido a bolazos y el escaparate de la tienda de Michelle resistió bien los embates; todo quedó en el susto que se llevaron las señoras que dentro compraban pantys y perfumes.

Sonó el teléfono, era el cartero. Tenía una misiva de Chile.

-¿De Chile?- inquirió perplejo el viejo tirando su colilla a la lumbre.

-¿Dónde está Chile? -pregunto Juliette intuyendo que estaría más lejos que París.

-Me imagino que será una equivocación- dijo sorprendido Bernard- Chile se encuentra al otro lado del mar, lejos, muy lejos.

Abrió la carta por la noche después de cenar y tomarse un

Calvados. La abrió despacio. El remite sólo decía San Andrés, Chile. La letra era grande y tosca:

"Estimado Don Bernard:

Donde quiera que se encuentre sepa que yo mismo encontré el mensaje que usted escribió y lo metió en una botella de vino.

La botella estaba atrapada en uno de los muchos riachuelos que van a dar a los canales. Esto es la Patagonia y no la Boca do Inferno. Siento que su mensaje no haya llegado a la redacción del periódico Lisboa. Como estaba en portugués no entendí casi nada de la carta, pero si le informo que la botella ha llegado a alguna parte. No ha llegado a la Boca do Inferno, pero si lo ha hecho a la Tierra de Fuego que debe ser parecido.

Un saludo. Afectuosamente suyo.

Lucho Smith Ugarte

P.D.: Espero que esta carta llegue y la avioneta del mapuche Victor no se estrelle por el camino.

Bernard releyó la carta unas cuantas veces. Asombrado echó otro leño, otro trago y se dedicó a la columna sobre Putin, el vodka y los chechenos.

